



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

LA ETERNA DUDA



Quando llegan mis fiestas me dan sudores,
y doy al más pintado trances como éstos:
si no llueve se enfadan los labradores,
si llueve me apedrean los de los puestos...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Cuento, por José Estremena.—Contribución cómica, por José Jackson Veyan.—Los crustáceos desertores, por Juan Pérez Zúñiga.—Paliqur, por Clarín.—Diálogos, por Eduardo Navarro Gonzalvo.—Pequeño poema, por Sinesio Delgado.—Cantares, por Antonio Montalbán.—Conformidad, por Francisco de la Escalera.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios. GRAFIADOS: La dada eterna.—Egrima de sable.—Anuncios, por Cilla.



Los periódicos franceses han publicado una noticia que reviste caracteres graves. Parece ser que en París se ha establecido la costumbre de raptar señoras en la vía pública, y como aquí tomamos de Francia todo lo malo, es muy posible que dentro de algunos días se implante el mismo sistema entre nosotros.

El procedimiento que emplean los raptadores no puede ser más sencillo: ven á una dama que va sola por las calles de la capital, y la invitan á subir á un carruaje. La dama se sorprende al principio, pero concluye por aceptar la invitación y sube. Ya dentro del vehículo, los raptadores la declaran su pasión y quieren estrecharla contra su seno.

—¡Cochons!—grita ella en correcto francés.

—¡Vive ta mère!—dicen los aludidos, queriendo estampar varios ósculos en la faz de la señora; pero ella se defiende, mordiendo al uno, clavando las uñas en las narices del otro y logrando, al fin, que la dejen libre, aunque arrugada.

Hasta la hora presente los raptadores no han conseguido más que arañazos y otras demostraciones análogas, pero con la práctica irán perfeccionando sus procedimientos, y acabarán por salirse con la suya.

Estas noticias han alarmado á muchas damas madrileñas, porque temen, y no sin razón, que traduzcamos del francés la costumbre de París.

—¿Oree usted que se establecerá aquí ese sistema?—nos preguntaba una solterona infeliz, que tuvo trece novios y todos se le desgraciaron.

—¿Quién sabe? No pierda usted la esperanza—la dijimos.

Y la pobrecita sale por ahí todas las noches llena de temor; pero en cuanto ve un carruaje, se para en seco, con la esperanza de que exista un hombre valiente capaz de raptarla.

Esto nos recuerda lo que le pasó á una viuda de la clase de esmeraldas no hace muchos meses. Iba por la calle de Alcalá al oscurecer de un día lluvioso del pasado Octubre, cuando se vió sorprendida por un joven no mal parecido, que le preguntó de buenas á primeras:

—¿Se llama usted Pascasia? ¿Es usted de Valencia? ¿Quiere usted venirse conmigo?

La viuda se ruborizó completamente y dejó caer un panecillo que llevaba debajo del mantón.

—¿Quién es usted? ¿Qué intenciones son las suyas?—preguntó por último bajando los ojos.

—Mis intenciones son buenas—dijo el joven empujando á la viuda hasta meterla en el tranvía del Este.

Allí había otros sujetos que al verla comenzaron á dirigirle piropos, y uno decía:

—¡Qué nariz tan simpática tiene usted!

Y otro replicaba:

—Tiene usted unos ojos que parecen dos reverberos.

—Usted se viene con nosotros.

—¡Ay!—decía ella tapándose la cara con el panecillo.—No sean ustedes malévolos.

—¿Sabe usted adónde vamos?—le preguntó uno.

—No, señor.

—Á las Ventas.

—¡Jesús!—dijo la viuda, cada vez más ruborizada.

—Vamos á correr una juerga—gritó otro de los sujetos.

—Yo soy una señora muy decente.

—Ya lo sabemos.

—¡Ay, si viviera mi difunto! ¡Un hombre que me respetaba como si yo fuera un arzobispo! ¡Véame yo en estos tratos! ¡Qué horror! Uno de los juerguistas, para hacerse simpático, le regaló una aceituna que llevaba en el bolsillo del chaleco.

—Tome usted, Pascasia—le dijo.

—Gracias—contestó ella, tragándose el obsequio;—pero conste que no estoy acostumbrada á estas cosas.

Al llegar á las Ventas, la viuda se negaba á bajar del tranvía; pero ellos la empujaron suavemente hacia un fonducho.

—Vamos, entre usted—la decían.

—Pero ¿qué intenciones son las suyas?—preguntaba ella dejándose conducir.

Ya en el fonducho, uno de los jóvenes alegres cogió á la viuda por un brazo y se la llevó á la cocina.

—¡Seductor, infame!—decía ella á media voz.—Respete usted la pureza de mis principios. ¿Adónde me lleva usted?

—Á la cocina.

—¿Cómo! ¿Qué pretende usted?

—Pretendo que nos guise usted un buen arroz á la valenciana.

La viuda dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo con profunda melancolía, y cada vez que recuerda aquel episodio se pone de un humor de todos los diablos.

El excelente doctor Tolosa Latour, mi querido amigo, ha publicado una obra notabilísima, titulada *Medicina é higiene de los niños*.

Lector, ¿es usted padre? En este caso no necesito manifestar que el libro reviste grandísima importancia para los que tenemos sucesión (aunque nos esté mal el decirlo).

Dada la justa fama de Tolosa Latour, puede asegurarse que su nueva obra ha de figurar en la biblioteca de todos los papás amantes de sus chiquitines.

Yo tengo á Tolosa un cariño sincero, porque, aparte sus excelentes condiciones personales, alguno de mis hijos le debe la vida. En diciendo «Tolosa» parece que adquiere uno la seguridad de que no han de morirse las criaturas, por malas que estén.

No hace mucho tiempo fui á buscarle, lleno de angustia, para que viese á uno de mis hijos. Tolosa entró en mi casa, examinó á la enfermita, hizo varias preguntas y tomó asiento en un sofá tranquilamente. Allí se puso á hablar de literatura, de artes, de una porción de cosas ajenas á la medicina, y yo no hacía más que decirme mentalmente:

—Pero ¡Dios mío! ¿qué tendrá esto que ver con la enfermedad de mi niña?

Él continuaba hablando, y yo no osaba preguntarle su opinión respecto de la enfermita, hasta que, comprendiendo mi extrañeza, dijo con la mayor naturalidad del mundo:

—Y finalmente, lo de la niña no es cosa de cuidado.

Recetó, dióme las instrucciones necesarias y se fué corriendo á ver á otro enfermito.

Media hora después, y á beneficio de una cucharada de medicina prodigiosa, la enfermita había mejorado notablemente... y si tengo allí á Tolosa creo que lo abrazo y lo beso.

Este es el hombre: médico sin alarmas científicas, ni alarmas que perturbán á las familias, ni exageraciones, ni aturdimientos. Sólo hay otro que se le parece como una gota de agua á otra gota, Fernando Castelo, mi salvador, ó por mejor decir, mi segundo Hacedor Supremo.

Pues bien, en el libro de Tolosa se refleja fielmente su inmenso valer y sus especialísimas condiciones de médico de la infancia. Esto sólo es suficiente para que la obra se venda como pan bendito. Por supuesto, la vida de Tolosa no tiene nada de agradable. Yo no sé cuándo duerme, ni cuándo come, ni cuándo hace los libros. Á todas horas se le ve por ahí, unas veces en coche y otras andando, siempre de prisa, como si temiera llegar tarde.

—¿Adónde va usted?

—Á ver á un niño.

—¿Grave?

—Sí, pero ya veremos...

Y, efectivamente, lo ve, y muy malo tiene que estar para que se le muera. Entre él y Avelino Benavente, otro médico de la infancia, notabilísimo, han salvado más criaturas que pelos tiene Esquerdó en la cabeza.

Bien pueden perdonarme los lectores solteros esta parte sería de mi revista, en gracia del entusiasmo que siento por Tolosa.

Cuanto á los padres de familia, creo yo que no necesitan más explicaciones.

LUIS TABOADA.

(Prohibida la reproducción.)

CUENTO

(INSPIRADO EN UNO DE CATALUÑA MENDES)

I
—¿Qué te sucede, hija mía, que no cesas de llorar y en tu zamarín á solas de día y de noche estás? Por alegrarte, mis fiestas he mandado preparar; zambras, bailes y torneos alegran nuestra ciudad. Tú, que por zambras y bailes mostrabas antes afán, ni aun á la ventana asomas cuando los oyes pasar. ¿Qué tienes? ¿por qué te afligis? ¿Qué cosa en el mundo habrá que tú no tengas en cuanto la empieces á desear? Hija de un rey poderoso que en él mirándose está, dispuesto á dar cuantas leyes le dicte tu voluntad, no debieras afligirte, sino pedir y mandar, que, como exista en la tierra, lo que desees tendrás. —Ay, que es imposible, padre! Qué, si llego á confesar la causa de mi honda pena, tu maldición me darás. Pero yo sufro con este silencio de un modo tal, que, si lo oculto más tiempo, la pena me matará. Yo amo, padre.

—¿Y eso es todo? Eso en niñas de tu edad es, adorada hija mía, la cosa más natural. —Es que me ha robado el alma un hombre á quien no querrás para príncipe en tu reino. —¿Por no ser de estirpe real? —No es caballero siquiera. —¿Quién es?

—Un pobre juglar

que cantando por las calles gana un pedazo de pan. —Hasta eso tiene remedio, mi vida, porque no hay más que hacerle barón ó conde, regalarle una ciudad y vasallos y castillos para que sea tu igual. —Padre, me das la ventura, y te juro que de hoy más, si nunca has de verme triste, ni he de volver á llorar.

II

—Va tu amante está trocado! un persona principal, y por las noches contigo le permito platicar.

—¿Quién?

—Y miro, sin embargo, que tu alegría no es tal como yo esperé. ¿Qué ocurre? Mi vida, ¿qué quieres más? —Nada, padre; tú me has dado cuanto me podías dar, procurando cariñoso hacer mi felicidad. Mi amante tiene castillos, vasallos y una ciudad que á tus bienes y á tu gloria nada pueden envidiar. El me quiere con el alma y me ha jurado, además, por los siglos de los siglos guardarme fidelidad. Es el primero en la corte por lo apuesto y lo galán, y envidian muchas doncellas mi inmensa felicidad. Pero tiene un gran defecto. —¿Cuál? —Que no es aquel jaglar que cantando por las calles ganaba un trozo de pan

JOSÉ ESTREMERA.

CONTRIBUCIÓN CÓMICA

«Instancia ó solicitud que á la *sobria rectitud* de un ministro innovador eleva un primer actor de Cuenca y Calanayud.»

«Digno ministro de Hacienda, señor y enemigo mío: Veo su ley estupenda, y en Dios y el arte confío que mis razones atienda. Su afán de recaudación creo que ignorancia arguye. ¿Poner á contribución lo que sólo contribuye á la conmiseración. —Yo, que en un mes he cobrado tres sueldos en Archidona, tributar como hacendado? Si le pagara al Estado, ¿qué diría la patrona? Lamentarse amargamente, y un artista que es decente

gollerías no sufraga. ¡El arte es libre, y no paga privada ni oficialmente! ¿Que yo al Erario le atienda cuando continuas derrotas me afligen con faz horrenda?... ¡Usted me ha visto las botas, señor ministro de Hacienda! ¿Querer que un artista *atómico* sea en situación tan crítica contribuyente económico?... ¡Vamos, si eso es lo más cómico de la cómica política! Del arte en el rico emporio pedirme verde laurel, y no metal irrisorio. ¡Tengo un tesoro en papel!

y un caudal en repertorio!

Tengo valor bien probado, tengo alientos y coraje, ante el público irritado, y también tengo equipaje, aunque lo tengo empeñado.

¡Pero dinero?... ¡Ilusión! ¡Sólo tengo corazón, y hombre es don Juan que, á querer, sabe un escenario hacer de la candra de un mesón!

Cuando el hambre me disloca y la inspiración me inflama y el duro deber me toca, de la colcha de la cama sé hacerme telón de boca.

Del arte siento el halago y hago la tragedia inquieta

como los sainetes hago, pero no hago una peseta, y así ni cobro ni pago.

¡Pagari...! ¡Nunca! ¡No, señor! ¡Que venga el recaudador, y con él el que quiere, á contemplar cómo muere debiendo un primer actor!

Fácilmente comprendiera que el alcalde de la villa contribución me impusiera porque *desgasto* la acera de la calle de Sevilla.

Pero á otra tributación de Hacienda no me sujeto. Lo que expongo á su atención con el profundo respeto de mi consideración.

Por la copia,

JOSÉ JACKSON VEYAN.

LOS CRUSTACEOS DESERTORES

(FANTESÍA EXTRAVAGANTE)

I
Pobre de ropas, rica de greñas, sucia de cutis, limpia de muelas, por esas calles anda una vieja llevando al brazo roñosa cesta. ¿Qué hay en su fondo que se menca bajo los pliegues de una bayeta que fué muy blanca y hoy es muy negra y al cesto sirve de tapadera? Cuatro cangrejos y seis cangrejas que se acarician y se revuelcan y que murmuran de las Rupertas que los *disfrasan* en las cazuelas. De trecho en trecho para la vieja, guña los ojos, tuerce la jeta, toma coraje y así vocera: «¡Cangrejos vivos! ¡la cangrejera!»

II

Ve contrariada que se le acerca la vendedora más retrechera que pisa el suelo de las plazuelas. ¿Quién es? Dolores la rabanera, que en su cestita rábanos lleva como capullos de rosas frescas. La tiene envidia la cangrejera, y allí la insulta donde la encuentra. Se miran, chocan, la lucha empieza con frasescillas no muy correctas, y aquellos labios que nunca rezan son surtidores de desvergüenzas. Tras de los dichos los hechos llegan. Las dos se muerden, se abofetean, se *simplifican* la cabellera,

y al fin entrambas, al dar en tierra, son aplandidas por lo que enseñan á los curiosos que las rodean.

III

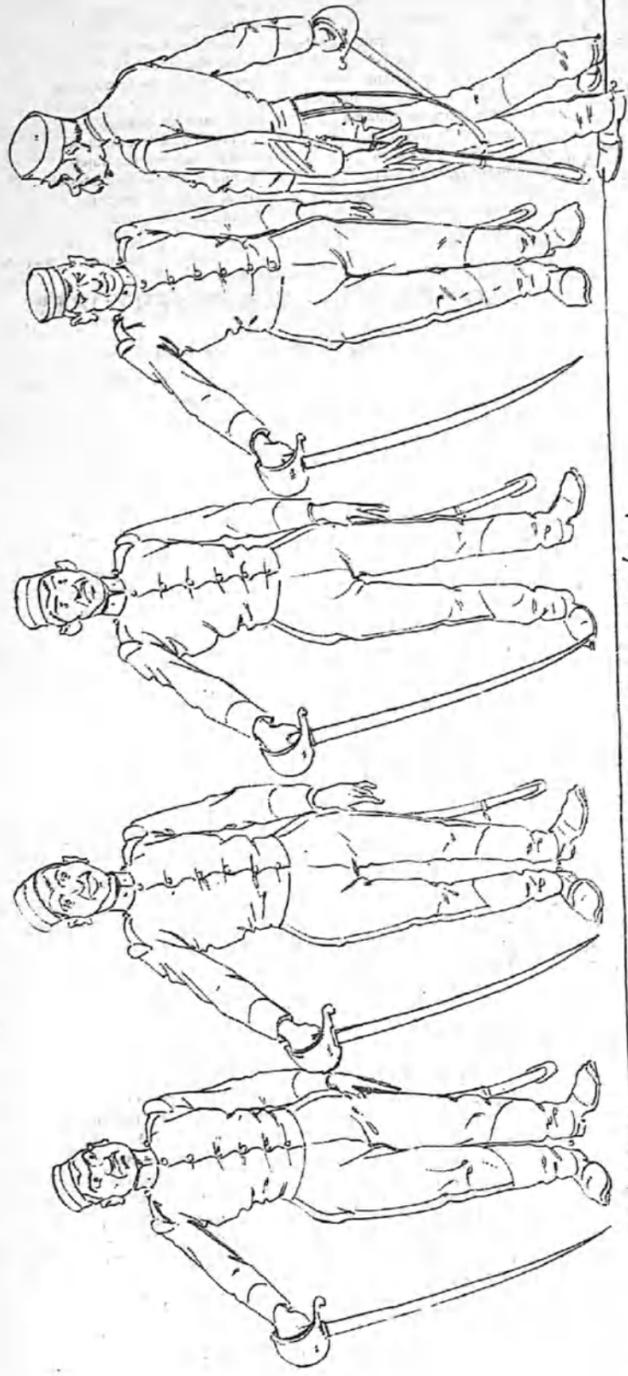
Mientras las damas se atizan leña, los diez cangrejos que están de venta (que no la pueden ver á su dueña porque los gruñe cuando se inquietan) dicen: «¡Caramba! ¿Conque nos dejan abandonados sobre las piedras? ¿Qué ocasióncita se nos presenta de hacer que rabie la cangrejera!» Y, entusiasmados con tal idea, por un resquicio de la bayeta se van saliendo los muy gateras y se trasladan á la otra cesta, donde en un lecho de hojitas frescas tranquilos oyen la pelotera.

IV

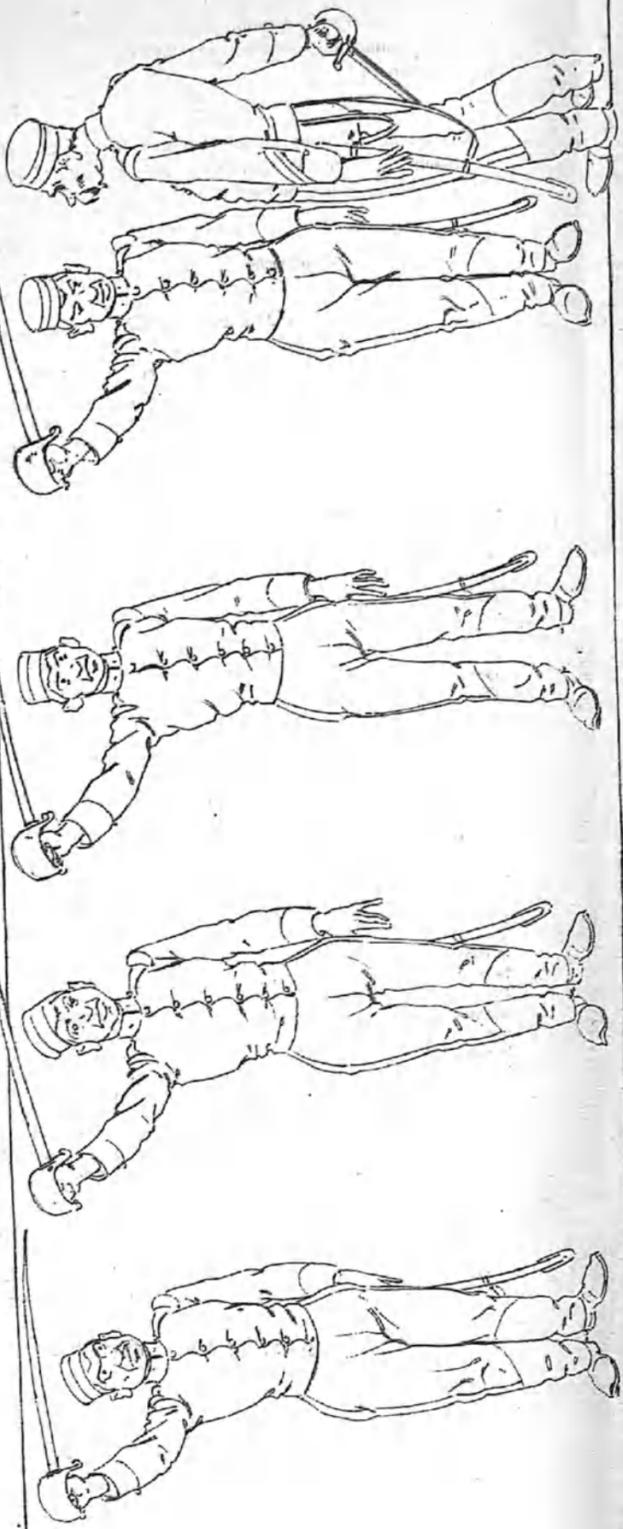
Con las narices medio deshechas dan fin al acto las mujermelas, al ver el sable de un Aguilera de á perro chico que las ahuyenta. Vase Dolores por la derecha, llevando al brazo... lo que no espera: diez cangrejos que sólo al verla de gusto bailan unas manchegas. Por otra calle se va la vieja, que de la fuga nada sospecha, y, como siempre, coge la cesta, guña los ojos tuerce la jeta, toma coraje y así vocera: «¡Cangrejos vivos! ¡la cangrejera!»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

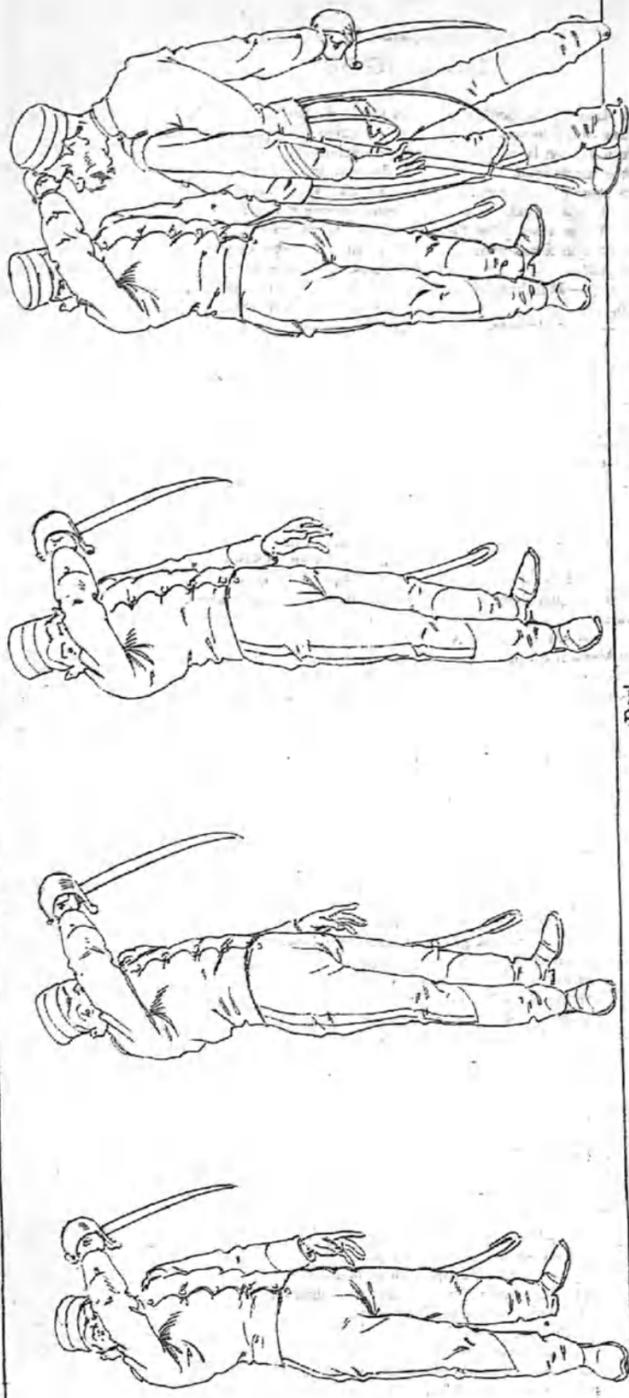
ESGRIMA DE SABLE



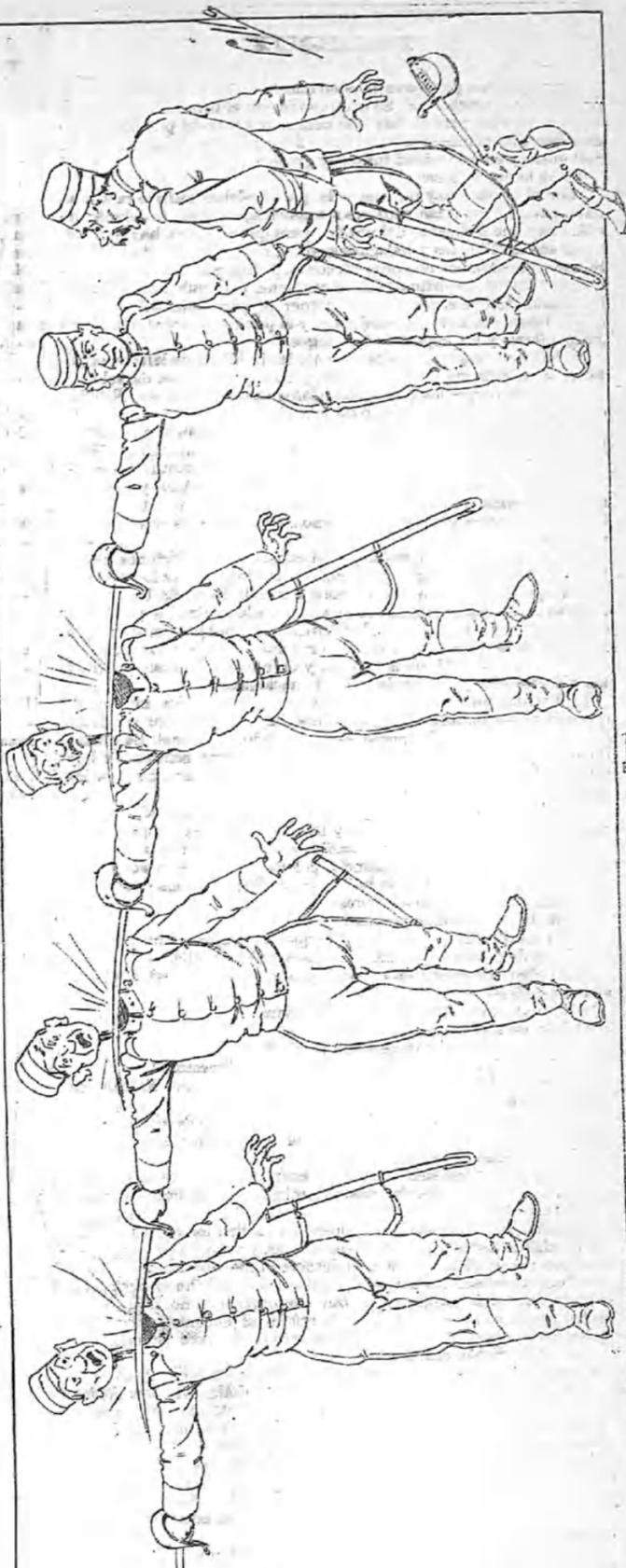
—Medir bien las distancias, ¡A ver!



¡Uno!



¡Dos!



¡Tres!

PALIQUE

Los periódicos populares pueden hacer mucho bien, pero también pueden hacer mucho mal. Se comprende que el favor del público les importe mucho, pero no hay que pensar tan mal del pueblo que se crea que sólo mantendrá en su favor á los papeles que halaguen su mal gusto y su curiosidad insana y grosera.

Ya sé lo que se dice:

«Con el público hay que hacer lo que el célebre satírico recomendaba para obligar á las mujeres á seguirnos, á saber, ir delante de ellas; hay que ir delante del público para que nos siga, hay que adivinar sus debilidades y halagarlas; si no, abandona al más pintado. Si nos empeñáramos en convertirnos en pedagogos del vulgo, dándole el alimento espiritual que le conviene, pero que no solicita ni le agrada, sólo conseguiríamos perder la parroquia; nosotros nos quedaríamos sin lectores, sin dinero, y el público se volvería á leer á *Fray Liberté* y las coplas de los ciegos.»

No hay que exagerar; mejor es recordar la fábula de Iriarte: el público, si se le da grano, come grano; pero hay que saber dárselo.

No quiero yo que los diarios noticieros se conviertan en *Repúblicas de Platón*... de la mañana ó de la noche.

El bello ideal no es aquel periódico pseudo transista que dividía las secciones de sus correspondencias y noticias llamándolo á todo *Vida*... *Vida intelectual*, *Vida económica*, *Vida aleatoria* (la lotería), *Vida conformista* (los toros), etc., etc... Ya sé yo que hay periodistas tan *de profundis* y tan demasiado psicológicos, que se duermen en la suerte de ponerle varas al gobierno... pero todos los extremos son viciosos.

Con un poco de tacto, sin dejar de satisfacer las aficiones populares, se puede ir corrigiendo lo malo y dando á probar lo bueno en forma agradable, y aumentando poco á poco la dosis. En Francia, en Inglaterra, en Italia misma (no se diga en Alemania), los periódicos callejeros, los más populares, los dedicados al público más vulgar, no dejan de ser literarios y de dar gran importancia á los intereses del arte, de la ciencia, de la cultura, y en esos papeles se publican los trabajos más notables del ingenio nacional...

En España, más que en ninguna parte, pues aquí los más de los que saben leer no leen sino periódicos, importa aficionar al pueblo á las buenas letras, á lo noble, serio, elevado, espiritual. La prensa de gran circulación podría hacer mucho en este sentido... y hay temporadas en que olvida esta obligación y se deja arrastrar por las tentaciones del lucro inmediato y á poca costa.

Ahora, por ejemplo, han tomado en los periódicos alarmantes proporciones las causas célebres y los folletines á la antigua, total, causas célebres. Crímenes por arriba y por abajo. Pufaladas, escabrosos, misterios sangrientos y ciencia policiaca por todo pasto espiritual. Si somos tan amigos de imitar, como dicen algunos criminalistas, vamos á acabar todos en presidio.

Copio de un periódico popular:

«La escribí hace tres días para que me trajera á mi niña, así como al pobre inocente á quien han asesinado con ella.

—¿El niño que estaba en el pozo? ¿Le conocíais, pues? ¿Quiénes son sus padres?

—No he visto nunca más que á su madre.

El juez de instrucción insistió:

—Necesito saber el paradero de D. M. N.»

¿De dónde dirán ustedes que es ese trozo de literatura?

—¡Toma! Bien claro está de ese crimen nuevo que llaman los periódicos *El niño del pozo*.

Pues no, señores; es de un folletín titulado *Mano de hierro*.

De modo que hay pozo con niño en el antresuelo y en el principal, en el folletín y más arriba.

Los tales folletines suelen llenar la cuarta parte de los periódicos más leídos, y esto es mucho pasto criminal para el impresionable pueblo español.

Además, para recomendar el género no vacilan los papeles públicos en alabar las novelas más disparatadas, y parece como que procuran un renacimiento de la más desacreditada literatura.

Se han empeñado los periódicos que circulan mucho en restaurar el gusto que hacía admirar *Los tres mosqueteros*, y no falta quien pretende que se había equivocado la crítica al encontrar poco literarias obras como *El Conde de Montecristo*, *El Julián errante*, *Las memorias del diablo*, etc., etc.

Es más: se nos propone, con dudosa buena fe, que abramos la boca ante las ocurrencias de Fernández y González en *Men Rodríguez de Sanabria* y *El cocinero de Su Majestad*. Medio paso más, y caemos en la cuenta de que no eran tan cursis las modistillas que devoraban *El corazón en la mano*, de Pérez Escribá.

La verdad es que la mayor parte de los periodistas que hace años, por seguir la moda, eran realistas y se reían demasiado de los *disparatados* novelescos de Fernández y González, Escribá, Tárrago, etc., etc., se burlaban por rutina; otra les quedaba... y ésa es la que sacan ahora á relucir.

¿Qué mucho si hasta hay personas formales, formalmente instruidas, que echan de menos «la antigua novela de aventuras, de historia inventada por escritores que no habían leído historia!»

Yo no sé cómo pueden agradar á hombres de alguna cultura y sano juicio invenciones incongruentes, fábulas disparatadas, sin gramática, sin estilo, sin lógica, sin idealidad, sin verosimilitud, sin poesía, sin caracteres, sin enseñanza moral, sin nada bueno en suma.

Una cosa es que los escritores malos hayan abusado de la novela realista y de la idealista, y otra cosa es que se quiera restaurar lo que no es ni fué nunca literatura verdadera.

Malas son las «causas célebres,» los «crímenes de la calle de tal...» pero el hay que escoger, antes eso que los folletines célebres. Antes Bayachol que Ortega y Frías.

CLABIN.

DIALOGOS

—¿Has visto qué atrocidad?...

Esto no hay quien lo soporte.

En la vida hubo en la corte tan horrible mortandad.

¿No tenéis miedo vosotros?...

Pues yo lo tengo cervical.

—¡Bah! No hagas caso. ¡Con tal que no nos toque á nosotros!

—¿A nosotros?

—Hombre, sí.

—Es claro.

—Naturalmente.

—Yo no soy tan exigente.

¡Conque no me toque á mí!

—¿Es usted una persona de primera?

—¡Caballero!

Esas burlas no tolero.

—¿Burlas?

—Yo ya soy jamona.

—Pero muy guapa, de veras.

—Esos requiebros extraños á mis años...

—Si los años cuenta usted por primaveras!

—¡Primaveras!

—¡Muy hermosas!

Un mes de Mayo florido.

—No, mis últimas han sido primaveras muy *lucidas*.

—

Complaciente por demás dicen muchos que es Tomás,

el novio de Rosalía, y hay quien jura que ella es más complaciente todavía, y dándole gusto al pico en un círculo de hermosas decía anoche Perico: —Pero, Jesús, ¿ese chico cómo no ve ciertas cosas? Y respondió Valeriano: —Aunque le causé sonrojos, tiene que ser campechano, porque para abrir los ojos tiene que cerrar la mano.

En un baquete oficial, muy grave y malhumorado se pasa un invitado por el salón principal. ¡Qué noche más aburrida, qué eterno salir y entrar! ¡Dos horas sin encontrar ni una cara conocida! Del salón en un rincón tropieza con un anciano y, tendiéndole la mano, —¿Me da usted un apretón?... —le dice —De estos extremos yo le clavé le daré. Al verme hablar con usted, creerán que nos conocemos. Porque estoy haciendo el paso y, francamente, no quisiera... —¡Apreté usted, caballero! ¡Yo estoy en el mismo paso!

E. NAVARRO GONZALVO.

PEQUEÑO POEMA

I

Pepe vino á Madrid lleno de bríos á luchar por la gloria, á hacerse célebre, y trayendo por armas y bagajes la audacia, la paleta y los pinceles, se metió en lo más recio del combate dispuesto á pelear como un valiente. Dura fué la labor; ¡la muchedumbre tenaz y silenciosa se defiende y el soldado del arte necesita, además de valor, paciencia y suerte! En esta lucha previa, en esta etapa de dudas, privaciones y revéses en que los más sucumben, y los menos temple de acero para el alma adquieren, Pepe se enamoró... como cualquiera de una rubia preciosa: de Mercedes, otra pobre como él, más desgraciada porque siempre fué sola y pobre siempre. El la quiso con ansia, con el fuego que da la sangre que en las venas hierve; ella á él con ternura, con el suave cariño que impresiona dulcemente. Fué su acicate vivo en la batalla, salutar bálamo en la fiebre, guía en el arte y eficaz consuelo que trocaba las penas en deleite...

II

Y él, al cabo, triunfó. Pudo su firma alternar con las firmas de los jefes, oyó el primer aplauso, y vió delante el campo abierto donde el genio vence. Los cambios de fortuna traen consigo fatal alteración de caracteres, y el hombre que fué bueno en la desgracia cambia en la dicha, y en el cambio pierde Pepe olvidó á Mercedes poco á poco, se dedicó á otro mundo, á otras mujeres, y contaba riendo á sus amigos aquel eterno amor... de cinco meses. Ella, la pobre, le quería tanto que el cariño aumentó con los desdenes, y como triste rosa abandonada

se agostó con la pena de no verle.
Y á fuerza de sufrir pidió á los cielos
el eterno descanso de la muerte,
¡qué hay niñas inocentes todavía
que aman de veras, y de amor se mueren!

III

Iba un carruaje fúnebre, modesto,
marchando al cementerio lentamente,
y al llegar á las Ventas, de un cuartito,
donde había sin duda gente alegre
que llenaba de ruido el merendero
con risotadas y canciones *verdes*,
se abrió una ventanilla. Una muchacha
ebria de vino y harta de placeres
se asomó á ver el coche. Y en seguida
se oyó en el interior la voz de Pepe
que le decía: —Trini, ya lo has visto:
un entierro que pasa. ¡Cierra y bebel!

SINESIO DELGADO.

CANTARES

El mundo es una petaca;
los hombres son los cigarros,
y ¡vaya si hay en el mundo
tagarninas del estanco!

No me extraña que seas
tan alegríta,
porque tienes hoyuelos
en las mejillas;
ríes por eso,
por lucir los encantos
de tus hoyuelos.

Yo no sé por qué razón
hacen algunos casados,
al andar; ¡tolón! ¡tolón!

Es una lástima grande
que los mundos no sean muchos,
porque es para ti muy poco
decir que vales un mundo.

Con un par de piñones
de los más chicos
quiso el Señor hacerte
los piececitos;
pero es lo cierto
que los hizo, y sobraron
piñón y medio.

Cría el árbol de la vida
dos fratos, como la higuera:

los higos son los disgustos
y los placeres las brevas.

Es más fácil el problema
de la gallina y el huevo,
que averiguar el origen
de tus ojos y del cielo.

Es ridículo cuando
te mira el novio
que fingiendo rubores
bajas los ojos,
pues si te casas
tú serás la que rete
con la mirada.

Separad mujeres y hombres
con maralla de alfileres,
y veréis cuantos pinchazos
van á llevar las mujeres.

Me gusta el nublado,
me place el invierno,
porque tienen tristezas tan grandes
como yo las tengo.

Debe de ser la vergüenza
como gota de mercurio,
porque está visto que pasa
resbalando sobre el mundo.

ANTONIO MONTALBÁN.

CONFORMIDAD

I

—Me cita... ¡iré!... No debo;
mas tengo la certeza
de que en el mundo, cuando á amar se empieza,
se empieza á vislumbrar un mundo nuevo.

Amor es mucha gloria,
por más que tanta gloria es ilusoria,
pues al fin de un momento de locura
aquella gloria nos parece impura.

Que Dios me libre á mí de ese momento
que destruye el tesoro de la vida
y que deja después para tormento,
cual terrible y cruel remordimiento,
pensar tan sólo en la virtud perdida.

Es dos veces hermosa
la mujer que es bonita y es virtuosa;
yo quiero ser honrada;
yo quiero ser bonita duplicada.

No iré á la cita que mi novio pide;
es inútil, no puedo;
el deber me lo impide,
y olvidar mi deber me causa miedo.

II

Divagó mucho tiempo sobre el caso;
causábale tristeza
el peligro inminente de un fracaso;
mas como al par lo reputó simpleza,
mirando pedrería en vez de lodo,
al terminar, con gesto sonriente,
murmuró de este modo:

—¡Para qué he de temer!... Después de todo...
con ser algo bonita... es suficiente.

FRANCISCO DE LA ESCALERA.

CHISMES Y CUENTOS

Bueno será advertir que en la composición *Semper*, publicada en el número anterior como muestra de lo mucho que vale el libro *Giraldilla*, de nuestro compañero y amigo D. Ricardo J. Catarineu, bueno será advertir, digo, que por exigencias del ajusté se suprimieron, á última hora, algunos párrafos, supresión que altera, aunque poco, el sentido de la composición.

Es decir, que habrá espíritus suspicaces que habrán notado los baches. Y para esos espíritus hacemos esta aclaración, que servirá de satisfacción al autor al mismo tiempo.

Sr. Director de Comunicaciones:

¡Podrá V. S. decirme qué pecado ha cometido D. Ricardo Montequí, médico de Barco de Avila, para que se le imponga el duro castigo de no recibir nunca el MADRID CÓMICO, que esta Administración le remite puntualmente!

Porque si no ha cometido ningún pecado... es una injusticia muy grande.

Libros:

Páginas alegres, colección de artículos de nuestro compañero D. Luis Taboada, ilustrada por Pons y editada por D. Antonio de San Martín. Un libro nuevo de nuestro querido cronista es siempre un acontecimiento literario. Todos los anteriores se han vendido como pan bendito. Este se venderá más todavía; porque el público entusiasta de Taboada aumenta prodigiosamente todos los días. No cuesta el tomo más que 3,50 pesetas. ¡Lo comprarán ustedes!

Sonetos y sonnetillos del Bachiller Francisco de Osuna y D. Francisco Rodríguez Marín, dos personas distintas y un solo poeta verdadero, como se demuestra en el libro palpablemente. Edición elegante que no se vende al público.

Claro oscuro, ensayo de novela de D. Luis de Terán, con una carta prólogo de D. José María de Pereda. El autor del libro sigue con gran aprovechamiento las huellas de quien le presenta en el campo literario y promete óptimos frutos en tan difícil género. Precio, 2,50 pesetas.

La tiple ingeniosa, juguete cómico lírico en un acto y en verso, original de D. Rómulo Muro, música del maestro Alcabilla, estrenado con gran éxito en el Teatro Rojas de Toledo.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Abecedario.—Poquita cosa, si hemos de hablar con la franqueza debida. Sr. D. A. D.—Los romances largos que no dicen nada deben suprimirse, porque así no cansan.

K. K. sens.—Voy á decirle a usted una cosa, aquí para *inter nos*. El verso

«Has dicho por ahí que no tengo cabeza» es largo, en mi humilde opinión. Y en las humoradas hay bastantes por el estilo.

Pepito.—¡Qué bonita!... para leerla con gran aplauso en cualquiera reunión cursi.

Pepolipi.—«¡Bese á suicidarse no tiene las ocho sílabas de reglamento. Y es cosa de lamentarlo mucho.

Caramba.—Los que le salen buenos salen por chamba, conque... ¡cuélgue la pluma mi buen *Caramba!*

El hijo de la nise.—Ya se conoce, porra. Porque da frío materialmente la composición. Y ganas de no volver á leerla.

Curriqui.—Como usted comprende, no vale la pena de pedir la firma. Si la hubiera usted enviado firmada...

Sr. D. L. R.—Bueno que se desespere uno cuando no le corresponden, pero en tales casos no se debe hacer soneto alguno, porque así se valgar sin remedio.

Peluquín.—Verá usted cómo empieza:

«Con alegre resplandor
estaba el sol una tarde
haciendo villano alarde
de sus galas y esplendor.»

Y como usted comprende no puede ser eso. Porque el sol no puede estar haciendo villano alarde de nada.

Sr. D. J. R. C.—No puedo aprovechar ninguna.

Pantalón.—Malá cosa es salir ahora con versitos á la vecina de enfrente.

Un amateur.—Mal medidos muchos, y eso es un pecado muy grave.

Eliogábalo.—No puedo resistir á la tentación, ¡qué demontre! Allá va el principio:

«Al dulce despertar del suave ardiente
hierre mi faz, suave murmullo
de misonos sonidos
que al escuchar la voz
del Omnipotente...»

Usted mismo comprenderá que no puede uno irse mejor por los carros de Ubeda.

El bicaro.—Las becuerianas tienen un defecto, que han pasado de moda... cuando no son muy buenas.

Sr. D. M. J.—Mataró.—Puede hacer el pedido á la librería de D. Victoriano Suárez, Preciados, 48.

ANUNCIOS

BECQUERIANA



Yo entré en la espaciosa y elegante tienda y admiré cual todos cuanto había en ella. Para pavimentos vi distintas muestras de mosaico hidráulico de sin par belleza. Vi muchas baldosas especiales, hechas para aceras, patios, enadras y cocheras. Vi para los techos de las casas regias ricos artesones que el alma recrean. Vi tantos objetos y tan gran riqueza y tantas estatuas de barro, tan bellas, que exclamé: ¡Dios mío, qué cosas tan buenas!

Escafet Fortuny y Compañía. Alcalá, 18 (Equitativa.)



—¿Qué quieres? ¿Por qué alborotas?
—¿Que no me quiero lavar si no me echan unas goias de Colonia Palomar!
Droguería y Perfumería. Fuencarral, 24.



Con un traje de Pesquera fuime al santo el otro día. Me arrastré por la pradera, y al alzarme, no tenía ni un descosido siquiera.
Magdalena, 20.



—¡Dios bendiga esa hermosura!
—Apártese, caballero: ¡limpiése la dentadura, porque si no, no le quiero.
Tirso Pérez.—Mayor, 73.



¡Venid, que en el mundo no hay casa como ésta para instalaciones de la luz eléctrica!
Manuel Florentin.—Ballesta, 20.



—¿Qué llevas a tu mujer, de San Isidro, Gaspar?
—¡Hombre! ¿qué la he de llevar?
Cognac fino de Moquer.
Sobrinos de Guineu, Carretas, 27.
Depósito de vinos, Arenal, 2.

¡GRAN ATRACCIÓN!



¡Suceso inmenso! ¡Soirée fashionable!
¡Éxito asombroso!

Dos elefantes hacen ejercicios sobre una cama del Bazar de la Plaza de la Cebada, núm. 1, y ni la rompen ni la doblan.



Ayer mi obrita hizo fiasco. ¡No importa! Lo que yo quiero es que guste este sombrero de M. García Carrasco.
Carretas, 26.



—¿Por qué sigue tan deprimida á Ramón esa morena?
—Porque lleva una camisa de Martínez, cosa buena.
San Sebastián, 2.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERPINOS



MARCA

REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



—¿Por qué tiene Fortunata con los novios tal fortuna?
—Pues... porque se desayuna con pastelillos de nata.
La Flor y Nata.
Plaza de Colenque, 1.



En vez de petróleo, un día Quina Palomar eché, y ¡cuál mi asombro sería viendo el pelo que salía por la bomba del quinqué!
Fuencarral, 24.
Perfumería y Droguería.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE L.A.
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

30 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO